
LEYENDAS DE ÁVILA



LAS VENTANAS DEL CIELO

LA CASA DE LA LUNA

C/ SAN SEGUNDO, 22

670 52 15 76

ÁVILA

LOS CUATRO POSTES



Si el itinerario se ha realizado por la tarde y, por supuesto, se tiene o se dispone de la intendencia para regresar al punto de partida en condiciones, sin duda merece la pena terminar la visita cruzando al otro lado del puente sobre el río Adaja y siguiendo un corto tramo de carretera, acercarnos hasta el humilladero de los Cuatro Postes. La panorámica de la ciudad resulta espectacular. Y si coincide con un atardecer, es especialmente mágico el ver como la urbe se va iluminando, con la muralla en primer plano y el cielo de Ávila va tornando desde el azul hasta el negro, en una experiencia difícil de olvidar. Vista desde aquí, la estructura cabalística de Ávila, la Jerusalén de Castilla, como la bautizó el poeta Avner Pérez, o, si se prefiere, el castillo interior de Teresa de Cepeda y Ahumada, es algo tan evidente que apenas necesita explicación.

¿Y a qué responden Los Cuatro Postes?. Pues dos leyendas, que no tienen por qué ser contrapuestas, han explicado su razón de ser.

Por una parte, hacia el año 1157 los pobladores de la ciudad decidieron agradecer el fin de la epidemia de peste que había asolado Ávila y su Tierra realizando una romería hacia la ermita de San Leonardo. Todos quisieron acudir ya que, el que más y el que menos, había sufrido los embates de la mortal enfermedad y querían expresar su dicha por continuar con vida. Ávila quedó prácticamente desierta y los musulmanes que siempre acechaban desde sus posiciones sureñas, aprovecharon para asaltarla y robar todo aquello de valor. Después, huyeron con el botín.

Al enterarse de lo ocurrido, los regidores Nuño Rabia y Gómez Acedo reúnen hombres para iniciar la persecución de los malandrines, dividiendo en dos partidas a los mismos para intentar cercar a los saqueadores. Sin embargo, la tropa que no estaba bajo su mando, retrocede hacia Ávila y se encierran en la misma. Así que, cuando después de escarmentar a los asaltantes y recuperar lo saqueado, regresan a Ávila, se encuentran con las puertas de la muralla cerradas y con los traidores ejerciendo de alcaldes. Éstos exigen parte de lo incautado para liberar la ciudad.

La intercesión real no se hizo esperar y el propio rey Sancho III de Castilla, acudió a mediar, entrando en Ávila y echando a los miserables de la misma. Decretó para ellos, que siempre vivieran extramuros, sin ningún privilegio. Éste habría sido el origen de los arrabales medievales.

Las autoridades municipales decidieron que la romería originaria se repitiese anualmente y se construyó el monumento de Los Cuatro Postes para que estos lamentables acontecimientos quedaran en la memoria colectiva.

Otra leyenda cuenta que fue en este lugar donde los niños Teresa de Jesús y su hermano Rodrigo fueron interceptados por su tío cuando partían hacia el sur a evangelizar infieles, sin importarles morir en su intento ya que se convertirían en mártires. Y es que estaban tan fuertemente influidos por las lecturas de libros de caballería que querían vivir una aventura de esta índole.

Años después, cuando Teresa es "despachada" de la ciudad por sus divergencias a la hora de entender la expresión de la religiosidad, paró en su marcha de la ciudad allí mismo y, mirando hacia Ávila mientras se quitaba las sandalias y las sacudía, dijo: *"De Ávila, ni el polvo"*. Menos mal que, más tarde, se reconcilió con su patria chica.

LA PRINCESA MORA

Hay muchas leyendas medievales en las que intervienen musulmanes, los moros que dominaban el sur peninsular. Se da una curiosa circunstancia ya que eran enemigos pero también se les reconocía como sabios y justos. Su mayor defecto era que no creyesen en el Dios verdadero.

Fruto entre los inestables tratados entre cristianos y musulmanes, una bella doncella mora, Aixa Galiana hija de Al-Menón de Toledo y sobrina del rey Al-Mamún es conducida a Ávila. Casi una niña, con sus catorce años, llegó triste y abatida ya que sufría de mal de amores: había dejado atrás, en Toledo, a su amado. Ni las fiestas celebradas en su honor ni la tutela de Doña Urraca, hija del rey Alfonso VI, la devolvían la sonrisa.

Era tal su belleza que fueron muchos los caballeros que se interesaron por ella pero el más prendado resultó ser el valeroso Nalvillos Blázquez, que llegó a concertar su boda con ella por medio de su tutora Doña Urraca. Pero resultaba que los padres del doncel ya habían concertado su matrimonio con otra hija de la nobleza abulense, Arias Galindo. Y que el rey, en agradecimiento a su colaboración, había hecho lo propio con la mora, en este caso, su prometido sería un jefe árabe llamado Jezmín Yahia.

Nalvillos, terco como él sólo, se empeñó tanto que consiguió casarse con Aixa (convertida al cristianismo) pero se granjeó el odio de Jezmín y el desengaño de Arias, enamorada perdidamente de él y que debió conformarse con esposar con su hermano Blasco.

Ignorando de quién se trata, Nalvillos traba amistad con Jezmín en un viaje a Talavera. Y tanto le agasaja el primero, que el cristiano no tiene por menos que invitarle a los esponsales de su hermano Blasco, incluso, dándole aposento en su casa palaciega.

Ya en Ávila ambos y dentro de las celebraciones por la boda entre Arias y Blasco, se celebraban torneos y justas y al abulense reta a su nuevo amigo a combatir a espada. Le vence con cierta facilidad y el musulmán se siente humillado, no tanto por el escarnio público sino por ver entre los asistentes a su amada Aixa y apreciar como ésta le observa desesperada, acosada. Y si, el amor que había dejado atrás la mora al ser llevada a Ávila, no era otro que Jezmín.

La tristeza que acompaña a Aixa y cuyo motivo desconoce, duele cada vez más a Nalvillos que pensando que sufre en la ciudad amurallada, construye para ella una hacienda con todo tipo de lujos en el paraje de Palazuelos, a escasas leguas hacia el norte siguiendo el cauce del río Adaja.

Pero ella continuó aquejada por sus dolencias sentimentales, sólo consolada por las visitas secretas de Jezmín que aprovechaba las frecuentes ausencias del esposo capitaneando incursiones militares, para ver a su querida aprovechando la noche. Aquello desembocó de la única forma posible: los amantes se fugaron para retornar a Talavera.

El guerrero vuelve de sus contiendas y encuentra la hacienda vacía y, sabedor de la afrenta, decide ir en busca de los adúlteros. Se hace acompañar por su más leales caballeros. Sin embargo, no ataca la ciudad toledana sino que les hace acampar en las inmediaciones, adentrándose en la villa en solitario disfrazado con vestiduras árabes. Eso sí, da orden de atacar si no retorna en dos días.

El ultrajado caballero se dirigió al palacio de Jezmín y logró alcanzar el jardín de esta residencia donde su amada Aixa estaba sola. Tapando su rostro con el esbozo, la dedicó frases lisonjeras, ésta, embelesada, terminó por dejarle acceder hasta su alcoba. Allí, Nalvillos se descubrió y ella llamó presurosa a la guardia que lo apresaron. Ya el ofendido no albergaba ningún sentimiento hacia su esposa al comprobar su adúltera conducta que no era fruto únicamente de un secuestro.

Jezmín decide ejecutar a Nalvillos en una plaza pública quemándole en una pira. Como último deseo, el cristiano pide hacer sonar una trompa de guerra. Accede a ello el árabe, sin saber que aquella era la señal que los caballeros leales al reo aguardaban para atacar la ciudad.

La matanza fue cruenta y el noble abulense vengó su afrenta particular quemando a los amantes en el lugar preparado para su propia ejecución. El resto de su vida la dedicó a guerrear incansablemente ya que no había otro objetivo en su vida que no fuera luchar. A su muerte, fue enterrado en la Iglesia de Santiago, entre los llantos de los abulenses que valoraron su carácter heroico aunque todos conocían el porqué, nunca llegó a ser feliz en vida.

Nalvillos existió como personaje histórico, la toma de Talavera de la Reina fue un hecho histórico decisivo en el avance cristiano hacia el sur (1083, Alfonso VI) y la finca de Palazuelos es una bella dehesa ubicada entre los encinares al norte de la ciudad. Como siempre en las leyendas, hay retales de realidad y otros aderezos que cada uno debe creer o no en función de los deseos de hacerlo. Mas, cuando pases por la Plaza de Nalvillos de Ávila, recuerda al atormentado caballero y

piensa que nunca consiguió la felicidad de corazón que fue lo que buscó en vida y no el ser conocido por empuñar las armas.

LA TORRE DE LAS DAMAS



A finales del S.XV, durante el reinado de los Reyes Católicos, Doña Beatriz hija de D. Tello de Guzmán pasaba el verano en el castillo de Villaviciosa, localidad distante en una veintena de kilómetros de la capital. Tenía 17 años y una belleza que no dejaba indiferente a nadie.

Pero un día llegó al castillo un emisario que portaba la triste noticia de la muerte de Don Tello en campaña contra los moros. Y su plácida existencia cambió de forma radical: no solamente había perdido a su amado progenitor sino que quedó prendada del joven que había servido de mensajero. A pesar de que ella insistió con mil excusas y pretextos en que el doncel descansara en el castillo con tal de poder acercarse a él, éste era responsable con su misión y partió raudo de nuevo hacia el frente de guerra.

Aquellos que habitaban el castillo, oyeron durante días los lamentos de la joven. Todos lo interpretaron como la tristeza infinita de una hija por la pérdida de su padre pero, en realidad, este dolor se mezclaba con la angustia de la enamorada que no sabe si volverá a ver a su amado.

Doña Beatriz, presa de una pasión dolorosa, un sentimiento que no había conocido nunca antes aparentaba un alma en pena, deambulando por el castillo y pasando horas enteras, frente al frío y el calor, en las almenas. Desde allí oteaba el horizonte esperando que la silueta del anónimo joven se recortase en la lejanía.

Por fin, una mañana de cielo plomizo y gris, divisó un caballero que, al galope, se dirigía hacia su residencia fuerte. Nunca había empleado tan poco tiempo en descender desde el torreón hasta el patio de armas. Allí esperó anhelante que el correo saltara de su cabalgadura y le entregara un pergamino enrollado que fue abierto con ansiedad.

Y sí, se trataba de una carta de su querido. Es más, se trataba de una confesión de amor, de su amor hacia ella. Pero, nublando su felicidad inicial, descubrió que estaba escrita en sangre derramada por el desdichado. Había luchado en batalla con especial brío y valor para alcanzar méritos que le convirtieran en caballero. Pero ese valor fue trágico ya que le hirieron de muerte. Antes de fallecer pudo escribir la misiva con la siguiente declaración:

"Viendoos, Doña Beatriz, sentí la llamada del amor y quise presentarme caballero delante de mi dama de Villaviciosa, con méritos para solicitaros en matrimonio. Muero, no por tantas heridas como por el dolor de no veros".

Y dicen que, tras leer lo anterior, el pecho de Doña Beatriz se abrió cual un volcán rojizo de sangre y llamas, desplomándose muerta al instante.

MAL QUE OS PESE LA HE DE VER



Castillo de Mal Que Os Pese, Mironcillo.

La batalla de las Navas de Tolosa (Jaén, 1212) fue un momento decisivo en el avance cristiano hacia el sur, venciendo a los musulmanes. La participación abulense en la misma fue notable. Pues bien, volviendo victoriosos de esta batalla, los guerreros entraron en Ávila desfilando con gran pompa.

Uno de los batallones estaba comandado por Alvar Dávila cuyo señorío se extendía por la zona de Sotalvo, una localidad a escasa distancia de la capital. Era apuesto y marchaba orgulloso sobre su caballo. Y claro, al pasar por delante del palacio de Don Diego de Zúñiga, la hija de éste, Doña Guiomar, quedó hondamente impresionada. Pero no fue la única: Alvar se enamoró perdidamente de la doncella y el resto del desfile fue un sin vivir pensando en la dulce serrana.

Sin embargo y como era norma en aquella época, el destino de Guiomar no dependía de ella misma y su padre, Don Diego, ya tenía previsto su futuro que había de pasar por ingresar en un convento y dedicar su vida a Dios.

Tras unos pocos días, Alvar se decidió a pedir licencia para esposarse con la mocita ya que, desde que la conoció, no comía ni bebía alimentándose únicamente de su recuerdo. Y se presentó ante Don Diego con estos fines. Pero era terco el suegro y no le gustaba en absoluto el pretendiente por lo que le echó de su palacio, asegurándole que nunca más volvería a ver a su hija.

Alvar estaba dolido pero no se resignaba a que no podría contemplar jamás a su amada por lo que replicó:

"Dª Guiomar y yo seguiremos amándonos; y aún más, viéndonos:¡ mal que os pese!"

Y se retiró a su señorío de Sotalvo ya que la guardia de palacio tenía orden de hacerle prisionero si osaba merodear por Ávila. En Mironcillo, en lo alto de un risco construyó un castillo, dirigido hacia la ciudad para poder ver, o más bien intuir, a su amada. Ella se asomaba a la ventana de la alcoba, que sobresalía ligeramente por encima de las murallas y él hacía todo tipo de señales para que ella pudiera saber que estaba allí, amándola en la distancia.

Posiblemente de amor, al poco falleció Guiomar y Alvar lo supo coincidiendo con su partida hacia el frente de guerra ese mismo día. Y no sabemos si por dolor, se dejó matar y ya no volvió de aquella nueva batalla.

Hoy en día, el castillo conocido como Mal que os pese se alza desafiante en Mironcillo y aún, una cancioncilla recuerda aquella historia de enamorados al más puro estilo de Romeo y Julieta a la abulense:

*"Guiomar está triste, ¡Cómo se miran!
su amor está lejos, ¡Cuánto se quieren!
entrambos se mueren, Y son sus suspiros
entrambos son presos, las únicas prendas
que van y que vienen."*

EL REY NIÑO



Hacia 1109, el belicoso Alfonso I el Batallador, rey de Aragón, se esposa con Doña Urraca, reina de Castilla. Como era habitual, fue un matrimonio de conveniencia y ellos nunca se llevaron bien: ninguno de los dos cedió poder y territorio al otro y continuaron reinando en sus respectivos territorios.

Ella, una mujer de recio carácter, tenía un hijo de su matrimonio previo con Raimundo de Borgoña de nombre Alfonso que, en principio, heredaría el reino de su madre. Y claro, para Alfonso el Batallador el niño representaba un obstáculo para hacerse con el reino castellano así que hostigó a su esposa que huyó con el crío ayudada por algunos nobles afines.

El niño es trasladado a la ciudad de Ávila ya que sus dirigentes, encabezados por Blasco Jimeno, son partidarios de que Castilla siguiera siendo independiente y no se anexionase al reino de Aragón.

El padrastro aragonés llega a Ávila con fines poco "paternales", deseando apoderarse del crío que tantos quebraderos de cabeza le está ocasionando y pide que se lo entreguen, que él será su tutor pero, la respuesta desde dentro de la muralla es que ni hablar, que el Niño Rey se queda en Ávila.

Quizás como maniobra dilatoria o porque realmente le surge la duda de si realmente está allí y sigue vivo, el rey pide que se lo muestren y los habitantes de la ciudad se lo enseñan por encima de las almenas de la muralla.

Estaba demasiado lejos para poder reconocerlo así que Alfonso I solicita unos rehenes para garantizar su seguridad al acercarse a la muralla. Por la Puerta de la

Malaventura salen setenta caballeros que son apresados mientras que el rey se acerca al Cimorro de la Catedral para apreciar cómo, efectivamente, aquel era su hijastro y estaba vivo.

Como el asalto a la ciudad es imposible, decide retirarse de Ávila pero, en un acto de gran crueldad, hace sumergir en grandes ollas de aceite hirviendo a los apresados. Aquel lugar pasó a denominarse y aún sigue nombrándose así, Las Hervencias, al norte de la ciudad.

Fue grande el dolor que provocó semejante acción y los caballeros abulenses “ovieron gran dolor i plañían e mesaban sus barbas e cabelleras”. No podían enfrentarse a aquel ejército en campo abierto así que envían al más valeroso de los suyos, a Blasco Jimeno y a su escudero que partieron tras el monarca y su séquito que se dirigían a Zamora. Les dieron alcance en un llano entre Fontiveros y Cantiveros. Allí el hidalgo le retó a duelo, diciéndole que era “malo, alevoso y perjuro” pero el rey, indignado, mandó a los lanceros y saeteros acribillarles y descuartizar sus cuerpos. El Concejo de Ávila, orgulloso de su conciudadano, mandó erigir allí una cruz que aún se conserva y que recibe el nombre de La Cruz del Reto.

Tras numerosas vicisitudes y la muerte de Doña Urraca, su hijo fue coronado rey de Castilla como Alfonso VII y en agradecimiento al comportamiento de la ciudad, permitió que en su escudo figurase la leyenda "ÁVILA DEL REY" y apareciese él mismo, de niño, alzado por encima de las murallas como habían hecho para mostrárselo a su padrastro.

Leyenda o realidad, el escudo de la ciudad muestra ambos títulos concedidos, la zona al norte de la capital se denomina “Las Hervencias” y la Cruz del Reto, en Cantiveros, sigue recordando a aquel noble que quiso vengar la afrenta cometida. Cada cuál que crea lo que quiera.